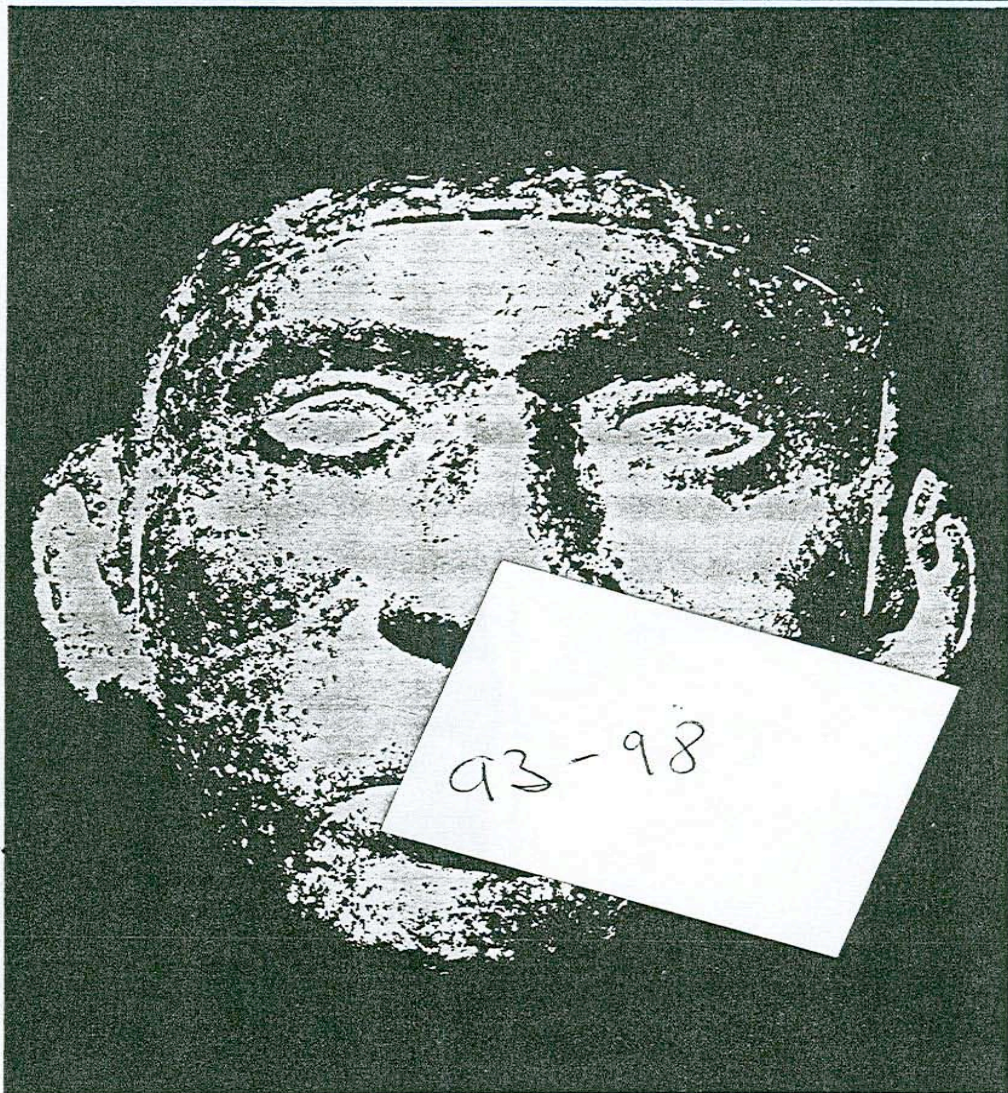


JACQUES SOUSIELE  
EL UNIVERSO DE  
LOS AZTECAS



JACQUES SOUSIELE - FONDO DE UFF. E. combinada, 1982

## V. EL PENSAMIENTO COSMOLÓGICO DE LOS ANTIGUOS MEXICANOS

### Representación del Mundo y del Espacio

#### INTRODUCCIÓN

TODA civilización es un complejo y sólo puede ser definida por el conjunto de sus caracteres. Huelga decir que tomamos aquí el término civilización en el sentido que le dan los etnólogos: los fenómenos que caracterizan a una población o a un grupo de poblaciones sobre un territorio determinado en un momento determinado de la historia; no son considerados en absoluto, aquí, como la “civilización”, que no pocos pueblos han creído o creen representar, por oposición a la “barbarie” o al “salvajismo” de quienes los rodean.

Cada civilización forma, pues, un conjunto singular, datado en el tiempo, ubicado en el espacio; los hechos que engloba pueden ser catalogados bajo grandes rubros o títulos de capítulos, como cultura material, organización social, ideología y religión. Si nos dedicamos a distinguir una civilización dada de otras, contemporáneas suyas o no, notaremos que se caracteriza por fenómenos que no corresponden más que a ella, bien sea por su naturaleza, bien por su grado: esos hechos singulares pueden encontrarse en todos los dominios, desde la técnica de la agricultura o del tejido hasta la mitología y la cosmología.

Puede decirse que una civilización particular no marcha sin una visión del mundo igualmente particular. Aun en los casos en que esta representación del universo y del papel que el hombre está llamado a desempeñar se mantiene implícita, existe, y se la puede encontrar hasta en las ideologías más pobres. Cuando una sociedad se complica y se diferencia, con mayor razón se ven aparecer cosmologías cada vez más explícitas, sobre todo si una categoría determinada de personas, una clase social, se especializa en la elaboración de los mitos y de las doctrinas.

El estudio del pensamiento cosmológico de los antiguos mexicanos, de su representación del mundo, se impone tarde o temprano al etnólogo que se interesa por las civilizaciones indígenas de Mesoamérica. El lugar que la cosmología ocupaba en las preocupaciones teóricas y en ciertas prácticas de esos pueblos era de primera importancia; la mitología, la astronomía y la adivinación, la ciencia del calendario, impregnada de religión y de magia; el ritual que regulaba las fases más importantes de la vida privada y de la vida colectiva, están dominados por ciertas concepciones, ya difusas, ya elaboradas de una manera muy compleja y refinada. No es posible captar claramente los caracteres distintivos de esas civilizaciones, que se cuentan entre las más elevadas del Nuevo Mundo, sin reconstituir tan completamente como sea posible esas imágenes y esos conceptos cosmológicos. Además, un estudio profundo de esta cuestión haría, sin duda, una contribución útil a las investigaciones realizadas sobre este tema en otros terrenos.<sup>1</sup>

Por “antiguos mexicanos” se entenderá aquí, esencialmente, los pueblos históricos del altiplano central, los que han habitado el valle de México y sus alrededores en época relativamente reciente, y sobre todo en los tres o cuatro siglos que precedieron a la invasión española. De esos pueblos, unos hablaban lenguas antiguas, de afinidades mal conocidas, como el otomí; los otros, los que dominaron el altiplano central y extendieron por doquier su civilización particular, hablaban náhuatl, lengua de la familia uto-azteca. El azteca de Tenochtitlán constituía uno de los principales dialectos de esta familia, y también el más reciente.

Sumergiendo a los otomíes, a los tenimes y a otras poblaciones instaladas en el altiplano al menos desde los principios de la era cristiana, los nahuas llegaron del Norte: eran nómadas cazadores que en pocas generaciones se adaptaron a la vida sedentaria y agrícola. En el fondo, en las tinieblas de la protohistoria, se hallan los toltecas, tribu semimítica, cuyo rey, héroe y dios era Quetzalcóatl, la “Serpiente Emplumada”; a partir del siglo XIII, las tribus

<sup>1</sup> El estudio de las cosmologías atrajo muy pronto la atención de los sociólogos franceses. Basta recordar, entre otros estudios, la memoria de Durkheim y de Mauss titulada *Clasificaciones primitivas*, los trabajos de Henri Hubert, de Lévy-Bruhl y de Granet.

nahuas históricas afluyen al México central. Los aztecas, últimos en llegar, fundan su capital al comienzo del siglo XIV y empiezan a extender sobre una gran parte de México una dominación que la invasión española arruinará al cabo de 200 años.<sup>2</sup>

Las fuentes de que disponemos para reconstituir la representación del mundo de los antiguos mexicanos son de diversas clases. Primero, los manuscritos indígenas, "códices" figurativos conservados en número bastante grande en los archivos, bibliotecas y museos de dos continentes; muchos de ellos son documentos teológicos y cosmológicos de primer orden. En seguida, se pueden obtener datos muy útiles de los textos en lengua indígena transcritos en caracteres latinos después de la conquista, con los *Anales de Cuauhtitlán* y los *Cantares a los dioses*, recopilados por Sahagún. Un tercer grupo de documentos está constituido por las crónicas, escritas en la época colonial por españoles, sobre todo por misioneros, la principal de las cuales, la *Historia general de las cosas de la Nueva España*, del padre Bernardino de Sahagún, es una verdadera obra maestra de información y de inteligencia. En fin, los antiguos mexicanos han dejado sobre ciertos monumentos como el Calendario Azteca y la Piedra de los Soles de México, indicaciones muy precisas sobre ciertos puntos de su concepción del mundo.

Las sociedades mexicanas antiguas estaban fuertemente jerarquizadas. En la cumbre, los nobles, los guerreros y los sacerdotes podían consagrarse con libertad a especulaciones bastante complejas sobre el fondo mitológico que la tradición les entregaba; en la base, la población esencialmente campesina sin duda no superaba apenas el nivel de las creencias más difusas, acompañadas de una participación más o menos regular en las grandes ceremonias. Pero había indiscutiblemente cierta unidad de sentimiento entre las doctrinas elaboradas de los dirigentes y la fe

<sup>2</sup> Nos reservamos el derecho de comparar, llegado el caso, las ideas propiamente mexicanas con las de otras poblaciones indígenas situadas más al Sur (mayas) o más al Norte (indios pueblo). Pero nos apoyaremos, ante todo, en los documentos provenientes del México central y que traducen las ideas tradicionales de las tribus de esta región, en particular de los nahuas.

supersticiosa de las masas. No debemos olvidar que, por así decirlo, no sabemos nada de lo que pensaba el hombre del pueblo, el *macehualli*; nuestros documentos no reflejan más que el estado del espíritu, las preocupaciones y las teorías de una élite de gobernantes, de teólogos, de astrólogos, de filósofos.

El lenguaje náhuatl presenta algunos rasgos característicos que pueden ayudarnos a comprender ciertas particularidades del pensamiento mexicano. En primer lugar —fenómeno por lo demás frecuente cuando se examina el lenguaje religioso—, cada palabra, al ser empleada en un contexto mitológico o mágico, puede recibir una multitud de sentidos más o menos esotéricos. En segundo lugar, y al igual que muchas lenguas americanas, el náhuatl gusta de recurrir a la composición, formando palabras complejas cuyo poder de evocación aumenta con todas las asociaciones tradicionales de imágenes que cada una de las palabras componentes es capaz de suscitar. De allí las posibilidades indefinidas de interpretaciones y de alusiones.

La palabra *cuauhtli*, águila, designa igualmente, en el lenguaje esotérico de los sacerdotes, el sol y los guerreros. El sol es el dios de los guerreros, que lo alimentan con la sangre de sus víctimas. La pluma de águila es el símbolo de la guerra y de los sacrificios humanos. En virtud de todas esas tradicionales asociaciones de ideas o, antes bien, de imágenes, las palabras compuestas en que entra el elemento *cuauh* (*-tli*), águila, están cargadas de un sentido esotérico muy distinto de su sentido aparente. Considérese los siguientes ejemplos:

1. *Cuauhtinchan*, “casa del águila”: es el templo de los guerreros, en que se encontraba una efigie del sol.
2. *Cuauhnochtli*, “luna del águila”: es el corazón de las víctimas sacrificadas al sol.
3. *Cuauhxicalli*, “calabaza del águila”: recipiente en que los sacerdotes depositan el corazón de las víctimas.
4. *Cuauhtlehuánitl*, “águila que asciende”: es el sol levante.
5. *Cuauhtémoc*, “águila que cae”: el sol poniente.
6. *Cuauhteca*, “gente del águila”: son las víctimas sacrificadas, que se vuelven compañeros del sol.

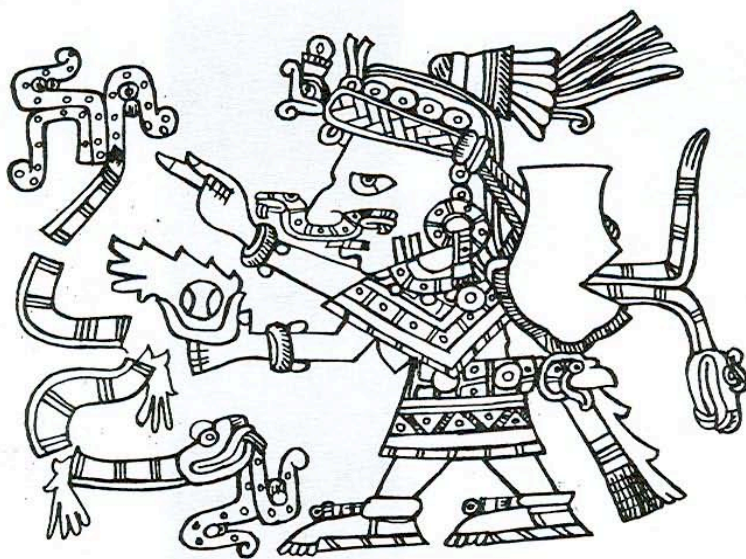


LÁMINA 1. Chalchiuhtlicue, "La que Lleva un Faldellín de Piedras Preciosas", diosa del agua fecundante. "El agua preciosa" — *chalchihuatl*— designa metafóricamente la sangre de los sacrificados: la diosa sostiene en la mano izquierda un recipiente con la sangre y el corazón de la víctima. (*Códice Borgia*, p. 20.)

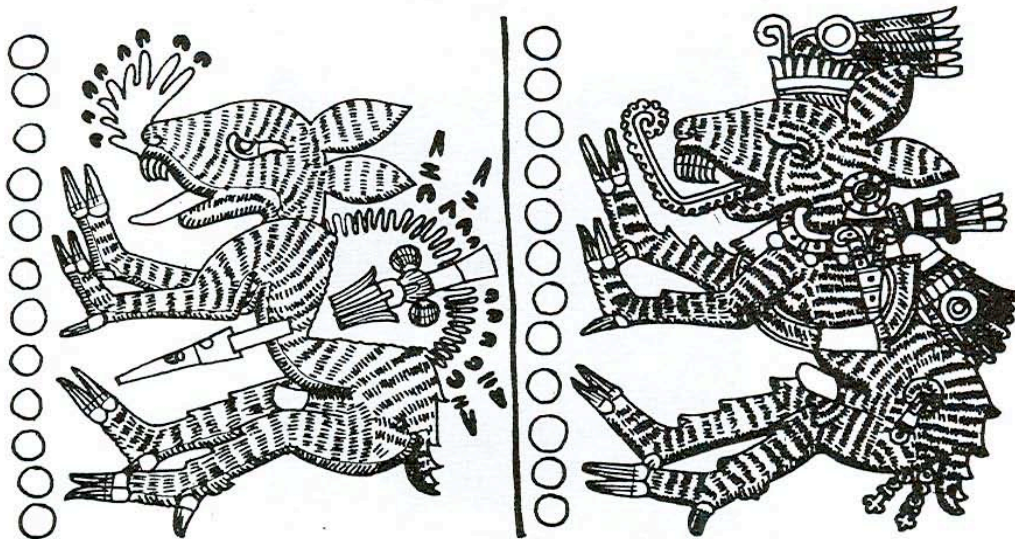
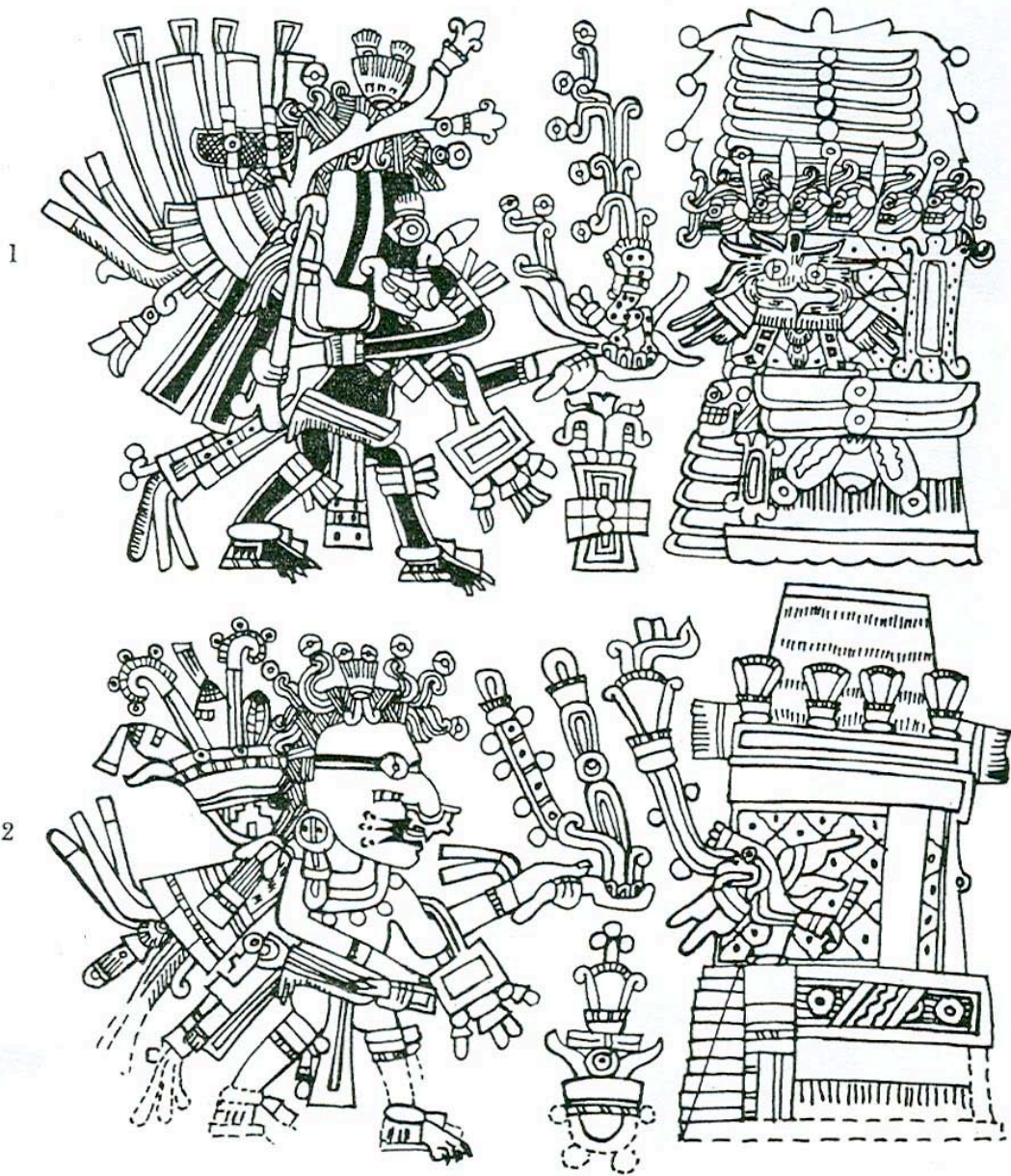
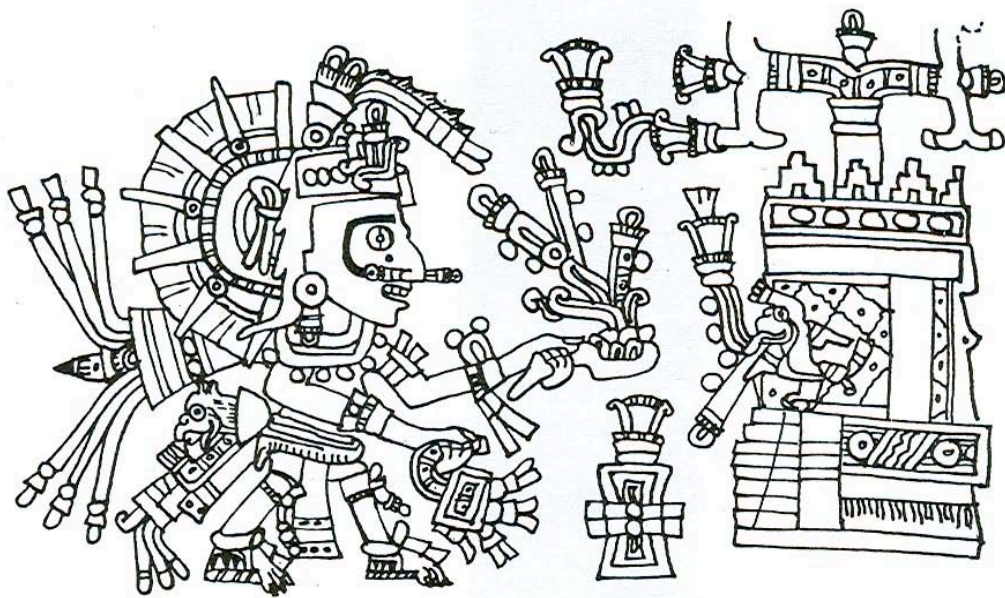


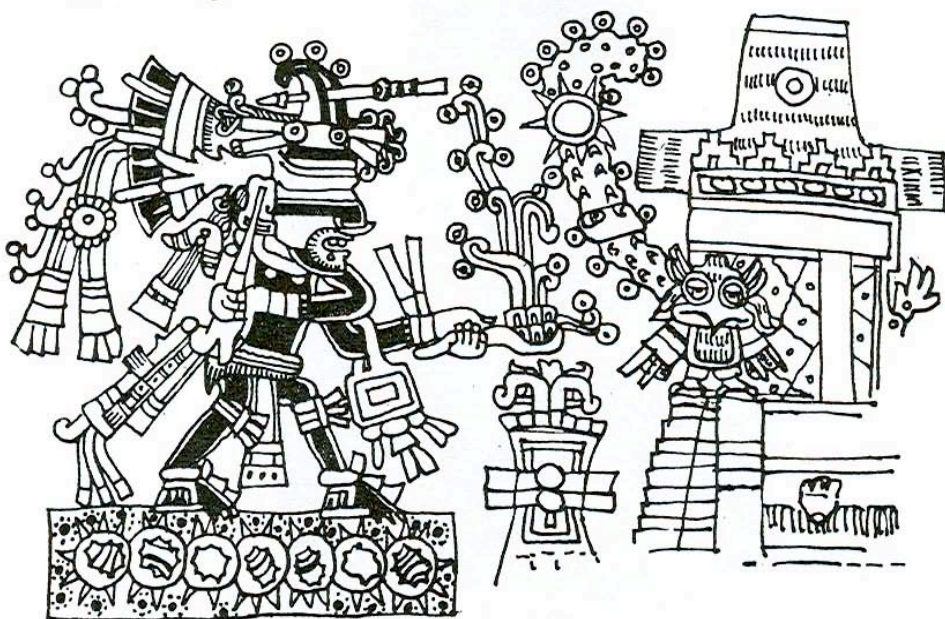
LÁMINA 2. A la izquierda: El venado del Norte, símbolo de *Mictlampa*, "el lado de los muertos". A la derecha: El venado del Este, símbolo de *Tlapcopa*, "el lado de la luz". (*Códice Borgia*, p. 22.)



LÁMINAS 3 y 4. Los cuatro puntos cardinales. 1. El Sur, 2. El Oeste, 3. El Este, 4. El Norte. Cada uno de los puntos cardinales está simbolizado por un templo y un sacerdote que blande un incensario. (*Códice Cospi de Bolonia*, pp. 12-13.)



3



4



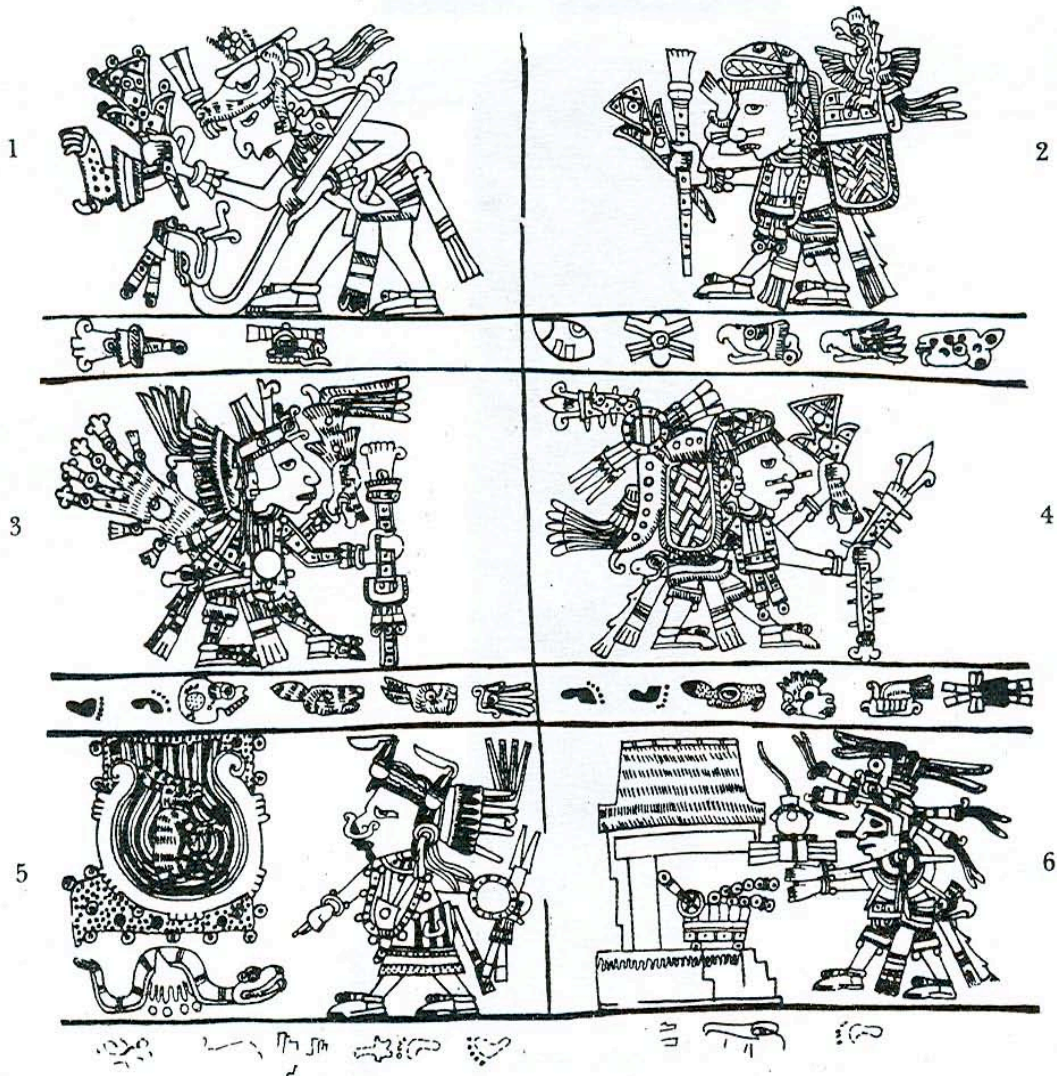


LÁMINA 5. Los seis viajeros celestiales. 1. Iztacmixcóatl, la "Blanca Serpiente de Nubes", la Vía Láctea. 2. Tlatlahuqui Tezcatlipoca, el "Rojo Espejo Humeante", dios del Sur. 3. Yaçatecuhtli, el "Señor de la Vanguardia", dios de los viajeros y los comerciantes. 4. Tezcatlipoca. "Espejo Humeante", dios del Norte. 5. Tlazoltéotl, diosa terrestre y lunar, divinidad del amor, protectora de las tejedoras. 6. Tonatiuh, dios del sol. (*Códice Borgia*, p. 55.)

Asimismo, el nombre de uno de los principales dioses mexicanos, Huitzilopochtli, presenta un sentido aparente muy sencillo: el "Colibrí (*huitzilin*) de la Izquierda (*opochtli*)". Pero el colibrí designa al guerrero muerto y resucitado, que se transforma en un colibrí después de cuatro años de vida celestial cerca del sol; la izquierda del mundo es el Sur. Así, el verdadero nombre del dios es el de "Guerrero del Sur". En efecto, Huitzilopochtli es por excelencia el dios de la guerra, y es al mismo tiempo el sol triunfante de mediodía.

Vemos así que el lenguaje náhuatl puede caracterizarse como un instrumento de transmisión de asociaciones tradicionales, de bloques o, si se quiere, de enjambres de imágenes, cargados de una significación afectiva mucho más que intelectual. Considérese, por ejemplo, el siguiente pasaje de un antiquísimo texto religioso, el *Xipe Tótec icuic yoallauana*, uno de los himnos recabados por Sahagún.

Texto azteca: *Notehua chalchimatlaco apanaytemoaya.*

Traducción literal: "Mi dios tu piedra preciosa-agua ha descendido."

Texto azteca: *Ay quetzallahuéhuatl ay quetzalxiuhcōatl.*

Traducción literal: "¡Ah! ciprés-quetzal ¡ahl serpiente de fuego-quetzal."

La piedra preciosa verde, *chalchíuitl*, y la pluma verde de *quetzal* son los símbolos de la riqueza y de la fertilidad agrícola. El dios ha enviado la lluvia. Los cipreses empolvados de la estación seca, grises y sombríos sobre el altiplano desértico, reverdecen; la serpiente de fuego, *xiuhcōatl*, símbolo de la sequía y del hambre, se convierte en una serpiente emplumada, un *quetzalcōatl*, que representa la abundancia. Cada una de esas palabras complejas expresa en un solo enjambre de imágenes lo que una frase con dificultad puede decir.

Ahora bien, lo que caracteriza al pensamiento cosmológico mexicano es precisamente la ligazón constante de imágenes tradicionalmente asociadas. El mundo es un sistema de símbolos que se reflejan los unos a los otros: colores, tiempo, espacios orientados, astros, dioses y fenómenos históricos se corresponden. No nos

encontramos en presencia de “largas cadenas de razones”, sino de una imbricación recíproca de todo en todo, a cada instante. Cuando se penetra en ese mundo que el pensamiento indígena construía, se cree entrar en un palacio cuyas paredes estuvieran hechas de espejos o, mejor, en un bosque de ecos innumerables, “donde los perfumes, los colores y los sonidos se responden”.

Y este sistema, por muy extraño que lo sintamos, no es anárquico. Su cohesión está hecha de actitudes tradicionales del pueblo que lo ha elaborado, actitudes sentimentales y afectivas codificadas en mitos y en ritual, no reflexiones racionales sobre la experiencia. Su unidad, su solidez internas, son subjetivas. La imagen mexicana del universo es acorde con el pueblo mexicano; es a éste al que refleja, y no al mundo.

#### EL NACIMIENTO DEL MUNDO ACTUAL

En todos los pueblos indígenas de México, y aun fuera del país, existe el concepto de la inestabilidad del mundo. Tal como ahora se nos revela, el universo está destinado a desaparecer, y sólo nació después de varios ensayos infructuosos que terminaron en cataclismos. El número cuatro domina toda la cosmogonía. Según los zuñis, una de las tribus de los indios pueblo, los hombres buscaron, en el principio de los tiempos, el centro del mundo, único punto estable del universo. Cuatro veces creyeron lograrlo, y cuatro veces los temblores de tierra los desalojaron de allí: tan sólo al quinto intento encontraron el centro y la estabilidad en el valle de Zuñi. Creencias análogas, en que el número cuatro desempeña el mismo papel, se encuentran desde el norte de México, entre los tarahumaras, hasta el sur, entre los mayas-quichés, cuyo libro sagrado, el *Popol Vuh*, contiene la descripción de los cuatro mundos desaparecidos.

Las relaciones antiguas del México central comienzan, ya por el relato de las cuatro edades que precedieron a la nuestra, los “Cuatro Soles”, ya por la descripción de un periodo de pura creación, presidido por la “Pareja Divina”. Esta pareja está compuesta

